

Portugal en la obra de Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640)¹

Portugal in the Works of Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640)

Jaume Garau

Instituto de Estudios Hispánicos en la Modernidad (IEHM)
Universidad de las Islas Baleares
ESPAÑA
jgarau@uib.es

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 3.2, 2015, pp. 149-163]
Recibido: 28-01-2015 / Aceptado: 05-03-2015
DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2015.03.02.10>

Resumen. A lo largo de su obra, Bartolomé Jiménez Patón menciona en distintas ocasiones Portugal y a algunos de sus escritores. En los libros recuperados de los *Comentarios de erudición* (1621), cita a autores, como Fernando López de Castañeda o Joao de Barros, relacionados con el gusto de la época por lo portentoso al que el humanista era tan aficionado. Buena parte de sus comentarios relativos a Portugal se centran en justificar la unidad dinástica, a partir de su interpretación de la historia de su admirado Gregorio López Madera, bajo la que late el trasfondo de la imagen de Hispania y que, en cierto modo, intentará llevar a la práctica el nuevo gobierno de Olivares. No menor interés, presenta su descripción de la ciudad de Lisboa en la que comparte la idea de 'ejemplaridad' con otras escritas por Mateo Alemán, Cervantes o Tirso aunque, en la de Patón, esa ejemplaridad aparece contrastada con el retrato pintoresco del baratillo de la Rua Nova.

Palabras clave. Patón, Portugal, unidad dinástica, descripción de Lisboa.

Abstract. Throughout his works, Bartolomé Jiménez Patón mentions Portugal and some of its writers on a number of occasions. In the books that have been recovered of his *Comentarios de erudición* (1621), he cites authors such as Fernando López de Castañeda or Joao de Barros, who are associated with the popular vogue of the period for portentous works, of which the Spanish Humanist was so fond

1. Este estudio se ha escrito en el marco del proyecto «Edición crítica y estudio de los *Comentarios de erudición* (1621), y de otros textos inéditos, del Maestro Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640) II» (FFI2011-22906), financiado por la Dirección General de Investigación y Gestión del Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación.

of. A large number of his commentaries concerning Portugal center on justifying dynastic unity, based on his interpretation of the history of Gregorio López Madera, who he admired so much, which has as its background the image of Hispania. To a certain extent, the new government of Olivares would try to carry out this policy. Of no less interest is his description of the city of Lisbon in which he presents the idea of 'exemplariness', a notion he has in common with other descriptions by Mateo Alemán, Cervantes or Tirso, although in Patón's, such exemplariness appears in contrast with the picturesque depiction of the rogues of the Rua Nova.

Keywords. Patón, Portugal, Dynastic Unity, Description of Lisbon.

La obra del humanista y gramático Bartolomé Jiménez Patón ocupa un merecido lugar de honor en las letras españolas del Siglo de Oro. En los últimos años, varios investigadores hemos reivindicado su figura y obra. Buena parte de esta labor se ha traducido en el hallazgo tanto de manuscritos, que se daban por desaparecidos, como por el de obras que los estudiosos no conocían² y que, a día de hoy, podemos atribuir al maestro de Almedina. Es el caso de *El virtuoso discreto*, primera y segunda parte que hace poco hemos editado (2014), juntamente con María del Carmen Bosch en una edición crítica. También editamos, con Abraham Madroñal, María del Carmen Bosch y Juan Miguel Monterrubio, el primer libro del tomo cuarto de los *Comentarios de erudición*, conjunto de textos que aspiraban a constituirse en las obras completas del gramático que había ido recopilando y de las que se tenían algunas noticias. Se daban por desaparecidas hasta el descubrimiento, por Abraham Madroñal, del tomo cuarto del que, a día de hoy, hemos editado el libro decimosexto³.

En su obra, el dómine manchego vierte diversas referencias a Portugal y a algunos de los autores de la literatura portuguesa. Es el caso de Jorge Ferreira de Vasconcelos y su *Comedia de Eufrosina*, traducida por su amigo, el regidor en Villanueva de los Infantes Fernando de Ballesteros y Saavedra, a quien había dedicado décadas antes su obra máxima, *Elocuencia española en arte* (1604). Esta traducción apareció en 1631 y la acompaña un texto titulado «A los que leyeren esta comedia» del amigo de ambos Francisco de Quevedo, en el que alaba sus excelencias al tiempo que lo hace con las comedias de Lope de Vega. No debemos olvidar que, entre las comedias que se dan por perdidas, atribuidas al maestro manchego, se encuentra una del mismo título que la de Vasconcelos.

Patón se muestra especialmente atento a la altura de 1621, año en el que creemos que se comenzaron a escribir los textos de los *Comentarios de erudición*, a la idea de la unidad del reino lusitano en el marco de la monarquía hispánica, como explicaremos a continuación. De hecho, es a esta cuestión, la idea de la unidad hispánica, y a la descripción de la ciudad de Lisboa, con alguna de las curiosidades que, en su parecer existen en la capital del reino luso, a la que dedica un mayor espacio en la obra conservada, especialmente en el rescatado volumen cuarto de

2. Garau, 1993; Madroñal, 1993.

3. Patón, *Comentarios de erudición* («Libro decimosexto»).

sus *Comentarios de erudición*, particularmente en el comienzo del «Libro decimosexto».

Este tomo está estructurado bajo el principio de la *variatio*, y en él se conjugan obras de erudición con discursos sobre cuestiones de la actualidad, junto al relato de cuentos o historias verdaderas, como Patón las denomina, de sucesos curiosos que atraían su interés, además de materias peregrinas como los vejámenes, o las vayas de estudiantes, los diferentes tipos de demonios o la descripción de sucesos que tienen que ver con el gusto de su tiempo por lo extraordinario. En el «Libro decimosexto» editado, podemos ver cómo el maestro traduce y comenta el «Libro III» de las *Odas* de Horacio. En su conjunto, su obra refleja el concepto de la erudición de su época, presente en autores como Nicolás Caussin, Baltasar de Céspedes y Baltasar Gracián⁴, en el sentido de poder conjugar en sus interpretaciones los saberes más dispares en una fusión presidida por la razón y el ingenio.

Y en el contexto de esta erudición, aparecen en diversas ocasiones alusiones a autores portugueses, en este caso relacionados con la afición de la época por lo portentoso, y al que era tan dado nuestro gramático⁵. Es el caso de la mención de Fernando López de Castañeda, de quien refiere el siguiente relato, en el «Libro decimosexto», probablemente tomado de Martín del Río o de Antonio de Torquemada:

De aquellos que se juntan con brutos es aquel cuento que cuenta Castañeda en los *Anales de Portugal*, diciendo que una mujer, por cierto delito grave, la echaron a una isla llevándola en una nave y dejándola sola para que allí pereciese. Había muchos monos y monas, y luego la cercó grande abundancia dellos que le dieron mucho temor. Vino uno más grande que todos, y que parecía le respetaban los demás, y comenzó a halagarse con ella y la mujer también se acarició con él. Tomola de la mano, llevola a una grande cueva a donde le dio abundancia de frutas, nueces, castañas, avellanas y raíces comestibles, haciéndole señas que comiese; y con estos regalos la carició, de suerte que la mujer se dejó vencer de la enamorada [fol. 71v^o] bestia y trabó un bestial, abominable y torpe amacebamiento, y dél concibió y parió dos hijuelos. Habiendo Dios misericordia desta alma, aportó allí una nave. El mono estaba ausente. La mujer dio voces y rogó que la llevasen en ella. Conociendo que verdaderamente era mujer y doliéndose della, la recibieron. Apenas se hobieron apartado de la orilla cuando vino el mono furioso y, viendo que se llevaban la mujer, cogió él uno de los hijuelos y se lo mostraba dando gritos como podía, y, viendo que no aprovechaba, lo arrojó al mar para que se ahogase, y luego tomó el otro y hizo lo mismo. Luego se arrojó a nado tras de la nave y nadó hasta que, cansado, se ahogó.

Habiendo llegado a Lisboa, la mujer confesó su pecado. El rey mandó que la quemasen. Por haber sido caso tan raro, le rogaron al rey le trocase la muerte en perpetua clausura, donde murió en verdadera penitencia (XVI, p. 204)⁶.

4. López Poza, 1999.

5. Garau, 2014.

6. Citamos por nuestra edición indicando en números romanos el «Libro decimosexto», seguido de la página. En el caso de los libros posteriores, del decimoséptimo al vigésimo mencionaremos el folio. Del mismo modo procederemos al citar otras obras del maestro. En relación a esta cita y pasaje de Castañeda, ver Patón, *Comentarios de erudición* («Libro decimosexto»), p. 204 n.

Poco después, Patón menciona a Joao de Barros, el autor de las *Décadas*, en una relación de sucesos maravillosos en la línea antes descrita y previene al lector ante su posible credulidad, salvo en el caso de ser «permisión de Dios» (XVI, p. 207), como escribirá más adelante:

Sajón Gramático y dos obispos upsalense[s] cuentan que los reyes godos tienen su origen de un oso y de una doncella noble.

Joan de Barros escribe que los indios pegusianos y sianitas le tienen de un perro que se juntó con una mujer. Mas ningún cuerdo ha de creer esto porque lo cierto es que de hombre o mujer y bestia bruta no puede nacer hombre racional, porque la materia de la fiera no es capaz de tal perfección (XVI, pp. 204-205).

Aunque en este caso, y según manifestamos en otro lugar⁷, la cita de Patón es sin lugar a dudas indirecta ya que también la encontramos en el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada, como, por otra parte, podemos hallar otros pasajes de los *Comentarios* en los que reproduce, casi literalmente, pasajes de otros autores⁸.

Al comentar la oda vigésimo primera, y en la explicación de diversos hombres que respondían al nombre de Manlio de la Antigüedad manifestará que

7. Patón, *Comentarios de erudición* («Libro decimosexto»), p. 205 n.

8. Así, en el «Libro decimoctavo» de esa misma obra, en un texto donde describe sucesos extraordinarios, reproducidos literalmente del *Compendium Maleficarum* (1608) de fray Francesco Maria Guazzo: «Y en nuestra España sin la que he dicho que esto escribe, Amato Lusitano, insigne médico que en Ezgueira en Portugal, nueve leguas de Coimbra, había un barón noble que tuvo una hija llamada María Pacheco a la cual al tiempo que la había de venir el menstro, sintiendo algunos destemplos en sus miembros, y presumiendo era el tal menstro, se halló varón y mudó el vestido de hembra con el nombre llamándose Manuel Pacheco, como la monja que he dicho se llamaba doña Madalena Muñoz, y hoy se llama Gaspar, y Alonso Muñoz. Este Manuel Pacheco se fue a Indias y hizo hazañas de valeroso soldado, con que volvió si noble de su nacimiento más ennoblecido por sus hechos, y muy rico a su patria donde casó y vivió en honra y servicio de Dios muchos años.

No has de pasar en silencio lo que escribe [fol. 186v] Torquemada, que le contó un amigo suyo, ha sido dino de mucha autoridad y crédito y que, en un lugar cerca de Benavente, estaba una mujer casada con un Labrador. No vi[o] co[mo] ella era estéril y el marido, como si fuera culpa suya, le daba mala vida porque no le paría hijos, necedad grande. Ella, aburrida con el mal tratamiento, una noche se huyó de su casa en hábito de varón con el cual anduvo por algunas partes fingiéndose hombre, sin estando en aquello que se sentía ágil. Andando desta suerte, en cierta ocasión se halló convertida en varón, viendo la mudanza admirable de su persona, se casó en la tierra que estaba con otra mujer. Sucedió que un hombre de su tierra fue a aquella donde estaba y, aunque de antes la conocía, viéndola varón y casada le preguntó si era hermano de la mujer que él había conocido. Ella se fio dél y le contó la verdad del caso de que el hombre se quedó admirado. Y otras muchas historias y sucesos semejantes pudieran servir al propósito que las escriban autores muy fidedinos. No tenéis que cansaros en eso —dijo el administrador— que cosa cierta es que hay los que decís y más que no habremos leído y ni sabido. Lo que deseamos saber es si esto es en orden a naturaleza o milagroso, y por orden del demonio, porque cada uno dirá lo que le parece a este propósito. Laminio respondió: «No tiene duda que son efectos naturales aunque en ser sucesos raros se tienen, como he dicho, por monstro, y prodi[fol.187r]giosos.» (XVIII, fols. 186v-187r). Ver, Guazzo, *Compendium maleficarum*, pp. 110-111.

Manliana se llamó antiguamente una ciudad en Portugal que la fundó o reedificó uno de los Manlios antiguos de quien hace mención Tolomeo, y es la población que hoy se llama Montemayor. Y, según el mismo autor, en los tusdos* hubo otra ciudad llamada Manlia, y es el sitio que hoy llaman Manliana, casa de campo de los pontífices. (XVI, p. 224)

Los *Comentarios de erudición* se ordenan siguiendo el modelo clásico del viaje de un personaje, en nuestro caso Laminio Sileno, hombre ya de una cierta edad y de grandes saberes, trasunto del propio Patón. Esta afirmación se fundamenta en el hecho de que con el nombre de Laminio el gramático, buen conocedor de la Antigüedad, hace un guiño a la región en que nació, mediante esta denominación. No tenemos, no obstante, tanta seguridad por lo que se refiere al término Sileno que podría aludir a un viejo sátiro sabio, gran amante del vino, al que no sabemos si era aficionado el maestro⁹. Del mismo modo que en las novelas de Gonzalo de Céspedes y Meneses, por ejemplo, en que cada una sucede en una ciudad previamente descrita, también los libros de los *Comentarios de erudición* se van dictando uno tras otro en diferentes ciudades de la España de ese tiempo: Lisboa, Salamanca, Palencia, León, camino de Villanueva...

Y el viaje de Laminio por estas tierras no tiene otro sentido que la búsqueda de la sabiduría, del mismo modo que lo había hecho el humanista al que representa. A este propósito responde la propia razón de ser de los *Comentarios*. De ahí que se enfatice que Laminio Sileno:

De la sabiduría enamorado salió de su casa, y porque estaba informado que aunque en muchas partes de España tiene casas donde habita, la principal donde tiene su corte hoy en toda la cristiandad es en Salamanca. Quiso —como otros por ver sus siervos que son ciencias de humanidad dieron vuelta al mundo, él dentro de su reino y patria— visitar la misma señora adornada de más y mejores criadas (XVII, fol.125)

Y en la búsqueda de estas casas del saber, comienza el «Libro decimosexto» dirigiéndose hacia la capital del reino de Portugal. De hecho, todo este libro se enmarcará entre, por una parte la llegada a Portugal y en concreto a Lisboa a la que describe (fols.1v-7v), seguido del comentario y traducción de las treinta *Odas* de Horacio (fols. 8r-119v), y unos folios finales en los que se refiere un «Cuento verdadero ocurrido en Sevilla de un padre que quiso casar a su hijo con una mujer para heredarla» (fols.119v-122r), concluyendo que este relato dio «qué entender a los cortesanos de Lisboa estos días que nuestro Laminio estuvo en ella, de los cuales, despedido con la cortesía acostumbrada, se partió para Castilla, viendo algunas otras ciudades y pueblos de los más insignes del reino de Portugal» (XVI, p. 274). La presencia, pues, de Portugal abre y cierra todo este libro.

9. Sobre esta cuestión, puede consultarse, Patón, *Comentarios de erudición* («Libro decimosexto»), p. 33 n.

DE LA HISTORIA COMO JUSTIFICACIÓN DE LA UNIDAD DINÁSTICA

Laminio emprende su viaje con la intención «de ver las cosas más notables de España» (p. 93). Del mismo modo, «determinó de ver la principal ciudad y corte porque, considerando que verlo todo no le era posible y que lo mejor de los reinos se halla epilogado en las cortes [...] caminó para Lisboa». (XVI, p. 93).

Al poco de entrar en el reino de Portugal se topó con «un hidalgo portugués bien entendido y que con buenos ojos miraba las cosas de los castellanos», como especifica Patón. Comienza el diálogo con este hidalgo quien sostiene que Dios ha castigado, por sus pecados, al reino de Portugal. Aunque, en ese castigo, los portugueses deben alegrarse de que Dios les otorgara, en la figura de Felipe II de España primero y después en sus sucesores, a un rey que no les era extraño sino su señor natural ya que, en realidad, a partir de las Cortes de Tomar de 1581, en las que Felipe II de España logra la unión dinástica y es proclamado como Felipe I de Portugal, se había producido una restauración, en el parecer del hidalgo:

Digo, amigo castellano, que, cuando hobiera caído nuestra sujeción en manos de un tirano Fálaris, Dionisio o César que nos tratara como faraón a los israelitas considerara [...] lo había permitido Dios por castigo de nuestros pecados, pues son muchos; fuera de que antes nos debemos alegrar y estar sumamente contentos, ya que nos faltó nuestro rey y señor natural, en habérsle dado Dios no extraño, antes tan natural que, algunas veces, me pongo a considerar la providencia de Dios, que tan suavemente dispone las cosas y las reduce por donde solían y debían ir —como dicen «a los años mil»—, pues, antes de pasar, vemos restituida a Castilla en lo que tan de antiguo era suyo. Porque debemos dar muchas gracias a Dios que vino a ser en tiempos que los reyes que hemos gozado más son para que <no> les envidien los extranjeros que para desamellos los naturales. Un Felipe, el p[r]udente, otro Salomón en su prudencia, en cuyo tiempo esta restauración —así la quiero llamar y perdonen los de mi nación— fue; cuyo sabio consejo, si nuestro rey escuchara, por ventura hoy gozara de su reino y de la vida; mas, pues Dios lo permitió, así convenía. Este fue aquel segundo sin segundo, monarca dino de los imperios y reinos que en su tiempo se aumentaron sin este en partes tan distantes y tan bárbaras, reducidas con su sabiduría al yugo suave de su gobierno (XVI, pp. 94-95).

El hidalgo portugués se muestra un decidido partidario de esa unión dinástica, al punto de recordar, como acabamos de leer, que el rey don Sebastián si hubiera escuchado el consejo que le dio Felipe II de España, en diciembre de 1575 en el monasterio de Guadalupe, en el sentido de intentarle disuadir de ayudar al rey de Fez en Marruecos, con bastante probabilidad, no hubiera muerto en la batalla de Alcazarquivir, y don Sebastián, repetimos su lectura, «hoy gozara de su reino y de la vida; mas, pues Dios lo permitió, así convenía». Con esta afirmación no solo arremete, en torno a la fecha de 1621, en contra de los sentimientos a favor de la restauración de un rey portugués, sino que también cuestiona al mítico rey don Sebastián y, por ende, al mesianismo que brota en torno a su figura, tan vivo por estos años, y que inspiraría firmemente, al filo de la primera mitad del siglo XVII, la escritura de ese li-

bro, tan extraordinario, que surgió de la pluma del maestro de predicadores Antonio Vieira bajo el título paradójico de *Historia del futuro* (1649).

Continúa el portugués glosando la figura de Felipe III, para interrumpir su parlamento contando que al Piadoso acababa de sucederle en el trono Felipe IV y al que, pese a su juventud, las acciones de gobierno que se le conocían se demuestran inspiradas por la Providencia. Esta referencia del manuscrito nos ha servido para fechar el libro a partir de 1621:

De cuarto, que ahora comienza, si por sus principios se ha de juzgar lo futuro, más ha dado qué advertir, qué admirar, qué escribir y notar en quince días que otros monarcas en quince años; y, aunque fueron los de su edad casi estos, ha descubierto Dios en él tan prodigiosos y excelentes principios como es él mismo quien gobierna sus aciones. (XVI, p. 95)

El personaje de Laminio se muestra sorprendido, en cierto modo, ante las ideas que le manifiesta su compañero de viaje portugués y recela de su actitud. Continúa la narración:

Estas y otras cosas semejantes decía el noble y bien considerado portugués, de que no pequeño contento recibía Laminio, si bien, con prudencia, iba advertido en si era dalle principio para que él dijera mal de los portugueses por ponello en ocasión de pendencia y pesadumbre. Y, con esta advertencia, no le dijo más de que, si todos, así castellanos como portugueses, fueran tan prudentes, no habría entre los destas dos naciones, siendo una por lo español y lo cristiano, tan necios tesones y debates tan dinos de reprehensión; mas que aquello de que el volver a Castilla la monarquía de Portugal era restitución no entendía bien por qué lo decía (XVI, p. 95).

Bajo tal restitución late el trasfondo de la imagen de *Hispania*, la de Roma y los visigodos, que sostenía Gregorio López Madera, en sus *Excelencias de la monarquía y reino de España* (1597) a quien sigue Bartolomé Jiménez Patón. En efecto, López Madera defiende la idea de la unidad de los reinos hispánicos bajo un único rey de toda España: «De manera —escribe— que el reino de España es verdaderamente uno, aunque en señal de las vitorias de sus reyes, esté dividido en muchos títulos»¹⁰. Sabemos que Patón compartía con su amigo Quevedo, especialmente en su *España defendida* (1612) la idea de *laus Hispaniae*, estudiada por Raimundo Lida¹¹, al invocar, sin creérselas, las teorías disparatadas de Madera que sostenían que la lengua española era anterior a la latina, fruto de las setenta y dos lenguas que se originaron en la torre de Babel.

Sigue el hidalgo una larga exposición de razones históricas que abonan la idea de la unidad de los reinos hispánicos bajo la corona de Castilla, a las que responde Laminio:

10. López Madera, *Excelencias de la monarquía y reino de España*, fol. 86r. Cita este pasaje Elliott, 2004, p. 228.

11. Lida, 1981.

Si unos y otros de vuestra nación y la mía hicieran tan bien advertida consideración, no hubiera las necias porfías y pesa[d]os debates que aún entre los más principales vemos; pues, si bien, en cierta manera, somos géneros subalternos, curemos ambas naciones en el predicamento de un superior, y tan uno que en tiempo de los reyes godos también lo fue nuestro, el que es suyo, y así fueran todos los que sucediesen a España» (XVI, p. 97).

Concluye su exposición reafirmando la unidad hispánica y manifestándose seguidor de las doctrinas del doctor Madera acerca del castellano primitivo, por quien el mismo año (1621) en que escribía el pasaje de los *Comentarios* que analizamos, manifestaba su admiración¹²:

Así que, pues de tan antiguo nos viene gobernarnos un rey y ser una nación española, no será, como decís, justo tengamos los ánimos y voluntades diversas, pues aun, si lo consideramos bien, la lengua castellana antigua y la portuguesa era una, y hoy lo son en el idioma, si bien los vocablos se diferencian muchos, que la gramática la misma es (XVI, pp. 97-98).

Como podemos ver la defensa de la unidad entre ambos reinos se justificaba, en el parecer del humanista, no solo en razones históricas sino también en una supuesta unidad gramatical.

Semejante toma de postura en defensa de la unidad hispánica responde, como ya hemos dicho, en buena medida a su identificación con la *laus Hispaniae* que explica también su decidida apuesta por la enseñanza y publicación en castellano, como lo atestigua su mejor obra, *Elocuencia española en arte* (1604), donde propone un canon literario determinado, y ahí reside su singularidad, por autores castellanos. Del mismo modo, en su *Apología de la Lengua Española* (c. 1608) asumirá las ideas anteriores de Pedro Simón Abril y Francisco Sánchez de las Brozas en el sentido de exaltar la importancia de esa lengua y su uso, como ya se ha indicado¹³.

Debemos relacionar estos comentarios que Patón vierte a través de ambos personajes, el llamado hidalgo portugués y Laminio Sileno, con el clima creciente de oposición al dominio castellano sobre Portugal en este tiempo. Así, María Soledad Arredondo al estudiar el *Triunfo lusitano* (1641) de Antonio Enríquez Gómez, poema de circunstancias escrito a favor de la causa portuguesa cuando el resultado de la rebelión era incierto, y de signo bien distinto al parecer de Patón en su «Libro decimosexto», contrapone ese poema con otro, pocos años anterior al texto que nos ocupa, el *Triunfo del monarca Filipo Tercero en la felicísima entrada en Lisboa* (1619) donde, y a diferencia de aquel otro escrito en plena rebelión

se quería rememorar la entrada de Felipe III con motivo de la agregación de Portugal a la monarquía hispánica; [...] pese a la magnificencia de la entrada, ni siquiera las relaciones oficiales lograron ocultar las reclamaciones de los tres estados a Felipe III para que ratificara los principios de las cortes de Tomar. Tampoco pudo

12. Ver Patón, *Mercurius Trimegistus*, 1621, fol. 541, lugar reproducido más adelante, y, entre otros sobre esta cuestión, Alarcos, 1934, pp. 209 y ss., y Bahner, 1966, pp. 101-117.

13. Madroñal, 2009, pp. 54-58. Hay artículo-reseña nuestro, 2011.

acallar aquella triunfal entrada en Lisboa, con el juramento del entonces príncipe Felipe, y la cascada de desmesurados elogios poéticos, el descontento portugués, que terminó por estallar el 1 de diciembre de 1640: lo revelan algunas cartas privadas y lo recuerda posteriormente el siempre perspicaz Quevedo, en su *Respuesta al manifiesto del duque de Braganza*¹⁴.

En este contexto, pues, escribe Patón su defensa de esa unidad y en plena sintonía con el programa de Olivares manifestado en su *Gran Memorial* de 1624. No debemos olvidar que el texto fue escrito a partir de 1621 y que en este año ascendería a la privanza Gaspar de Guzmán, inaugurando un nuevo gobierno que intentaría llevar a cabo el aforismo de *multa regna, sed una lex*. En efecto, el conde-duque creía que el gobierno de los reinos no castellanos y el modo en el que se relacionaban con el reino de Castilla eran el problema principal al que se enfrentaba el nuevo gobierno. Según apunta Elliott, Olivares consideraba que «los portugueses, aragoneses o catalanes no eran extranjeros sino, vasallos hereditarios del monarca, y como tales se les debía tratar»¹⁵. Y en este afán de unir en un todo la Monarquía Católica había que comenzar por reforzar la unión de los reinos de la Península Ibérica.

No sabemos si el poderoso valido conocía las páginas de las *Excelencias de la monarquía y reino de España* (1597) en las que Gregorio López Madera defiende la idea de la unidad de los reinos hispánicos, fundándose en razones históricas. López Madera expondrá sus ideas sobre el origen de la lengua castellana en 1601 en sus *Discursos de la certidumbre de las reliquias descubiertas en Granada desde el año 1588 hasta el de 1598*. Sin embargo, sí podemos afirmar, porque así lo manifiesta nuestro humanista con admiración, que Jiménez Patón era conocedor de su obra, como podemos ver en su *Mercurius Trimegistus*, impreso el mismo año en que sube al poder Felipe IV, Olivares alcanza la privanza y Patón redacta las páginas que hemos comentado:

La lengua española —escribe— es originariamente de España. Confieso que dejándome llevar por parecer de muchos había errado en tener nuestra lengua por latín corrompido, mas he visto estos días con mucha atención el doctísimo discurso, que sobre esto hace el doctor Gregorio López Madera, del Consejo de su Majestad, y Alcalde de su casa y Corte, maduro y universal ingenio de toda suerte de letras» (fol. 541r).

DESCRIPCIÓN DE LISBOA

Tras esta defensa de la unidad del reino de Portugal en el concierto de los reinos hispánicos de su época, se ocupa Laminio de contemplar la ciudad de Lisboa que le va a servir para presentar la grandeza de Portugal ya que, como ya se ha visto, para el humanista «lo mejor de los reinos se halla epilogado en las cortes» (XVI, p. 93). Patón, al presentar al lector la principal ciudad portuguesa, se inserta en una tradición que podemos documentar en obras contemporáneas como son el *San*

14. Arredondo, 2014, pp. 27-28, con bibliografía específica.

15. Elliott, 2004, p. 228.

Antonio de Padua (1604), de Mateo Alemán, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), de Miguel de Cervantes o la famosa loa a la ciudad de Lisboa, en la primera jornada de *El burlador de Sevilla* (c.1612-1625), de controvertida autoría atribuida a Tirso de Molina. En todos estos autores, la presentación de la ciudad surge en el marco, como sostiene Marc Vitse por lo que se refiere a su interesante estudio sobre la loa de *El burlador*, de «una contrastada estructura dramática de Lisboa como dechado de virtud y de honor, a modo de referencia ejemplar»¹⁶. Esta estructura, en el caso de la comedia de Tirso, seguiría un esquema jerárquico, no geográfico ni descriptivo, según el cual el primer elemento señalado se correspondería con la Lisboa religiosa, seguida de la civil y, por último, de la portuaria¹⁷.

En todos estos textos, ciertamente, se persigue describir la ciudad de Lisboa como una destacada ciudad católica que se distingue en el conjunto de las Españas por su ejemplaridad. En el caso del *Persiles* (II, 1), el énfasis con que señala Cervantes la ortodoxia de la ciudad a la que llega el grupo de peregrinos, presentados casi como una suerte de seminario itinerante en la consecución de la fe verdadera, al amparo de la doctrina romana, intensifica también esta percepción. En el caso del *San Antonio de Padua* de Alemán, la voluntad de señalar el carácter católico de la ciudad aparece significativamente resaltado al punto de dedicar buena parte del capítulo V, «Descríbese Lisboa y su sitio; refiérense algunas cosas de las dignas de alabanza en ella y en los de aquella nación», a mencionar todas y cada una de las treinta y cuatro iglesias parroquiales, además de «treinta y una iglesias que se llaman ermitas, que ni son parroquias ni conventos; empero son casas de mucha devoción, y celebran en ellas cada día y se dicen muchas misas»¹⁸. Del mismo modo, en todos los textos, a excepción del *Persiles* donde la descripción es mucho más atenuada en beneficio de la narración, se menciona el origen mítico de Lisboa.

De todo ello, participará la descripción de Lisboa de nuestro humanista inspirándose, muy probablemente del mismo modo que el resto de autores, en fuentes librescas que ignoramos¹⁹.

En el comienzo de su descripción, Laminio se entretuvo «en advertir lo notable de fábricas, templos, religiones y escuelas que todo es como promete cabeza y corte de tan ilustre reino: no menos noble que memorable, grande y suntuosa» (XVI, p. 98). A lo que sigue, la tradicional explicación del origen mítico de la ciudad citando a Estrabón y a Plinio. Del mismo modo, procederá en el posterior «Libro decimonono», cuando Laminio llegue a la ciudad de Palencia y redacte un breve comentario sobre su nombre, fundación y antigüedad (XIX, fol. 257r). Así, Lisboa:

16. Vitse, 1978, pp. 22-23.

17. «Estos son los tres mundos que componen la *Civitas Dei* lisbonense: la ciudad santa de los conventos y fortalezas labradas en provecho de la fe; la ciudad de los hombres regida por los justos y santos reyes lusitanos, y el quehacer cotidiano del opulento puerto, encaminados todos a la defensa e ilustración del poder y providencia de Dios. Se concretiza el tema central de la santidad ejemplar de Lisboa en un elemento omnipresente que impregna la vida del conjunto: el Mar Océano» (Vitse, 1978, p. 23).

18. Alemán, *San Antonio de Padua*, p. 190.

19. Vitse señalaba también esas fuentes librescas no conocidas en su artículo de 1978 (p. 29 n.).

Antiguamente se llamó *Ulisea* porque, dice Estrabón, la fundó Ulises después de la guerra de Troya; que en aquellos sus prolijos destierros, pasando el estrecho de Gibraltar, llegó a la boca del río Tajo, en cuya ribera la fundó. Otros dicen que se llama *Ulisipolis*, que todo quiere decir «ciudad de Ulises» en lengua griega. Otros la nombraron *Ulisipa* o *Ulisipo*. Plinio escribe que después se dijo *Salacia* y también *Iulia Felis*, y que se avecindaron en ella muchos romanos nobles (XVI, p. 98).

A grandes rasgos, podemos rastrear estos datos que aporta el maestro, en el capítulo primero del *San Antonio de Padua*, de Mateo Alemán donde, siguiendo a Estrabón, se extiende mucho en explicar estos orígenes míticos de la ciudad. Al igual que vemos en Patón, Alemán reproduce la explicación etimológica del topónimo. Así, explica que, tras la fundación de la ciudad, Ulises

la llamó *Ulixipolis*, que en su lengua griega es lo mismo que decir 'ciudad hecha por Ulises'. Después la llamaron los latinos *Ulixipo Salaria*, por la villa de Salaria que estaba frontero de ella. [...] Últimamente, habiéndose perdido esta ciudad en la general destrucción de España y ocupádola los moros largos años, después de recobrada de ellos fue *Lixbona*, dejando algunas de las dicciones de su primero fundador, como es costumbre de hacer en todos los compuestos; y dándole por adjunto *bona*, que quiere decir 'buena' en lengua latina, fue lo mismo que llamarla 'ciudad buena de Ulises'. Después los lusitanos mudaron el *bona* en *boa*, que en su vulgar todo es una cosa²⁰.

También su amigo, el lexicógrafo Sebastián de Covarrubias, a quien había dedicado las *Instituciones de la gramática española* (1614?), en la entrada que le dedica reproduce esos topónimos con aclaraciones del mismo tenor:

Danle diversos fundadores: los más concuerdan en haber sido fundación de Ulises, y haberse llamado Ulisipolis o Ulisipona, de su nombre. Goropio Becano, en su *Hermathena*, lib. 9, fol. 229, quiere sea fundación de Elisa, hijo de Júpiter, nieto de Jápeto, y haber sido esta ciudad y su comarca lo que los poetas llamaron campos Elíseos, y de allí tomó el nombre Elisibona. Llamose después Julia Felix y Felicitas Julia y Salatia, según lo refiere Abraham Ortelio, verbo *Olisipo*²¹.

Lisboa destaca, entre las ciudades españolas de su tiempo, por su nobleza y sus condiciones geográficas privilegiadas, rasgo común señalado tanto por Alemán, como Cervantes o Tirso, del mismo modo que subrayan la importancia de su puerto abierto al Atlántico, lugar al que llegan los productos más exóticos de las Indias orientales²². Resalta Patón que Lisboa

20. Alemán, *San Antonio de Padua*, pp. 160-161.

21. Covarrubias, *Tesoro*, p. 1204.

22. Este aspecto es especialmente destacado por Alemán: «Es abundantísima de todas mercancías, porque demás del trato familiar que allí se tiene con todas las naciones, el propio suyo de la India es tan grande que bastece la mayor parte del mundo; y con mucha propiedad la podemos llamar su estómago, que como en el del hombre se distribuye la virtud para todo el cuerpo, así Lisboa, recogiendo en sí lo particular de cada uno, el oro, perlas, piedras, telas, mercancías y otras cosas, todo lo digiere, perfecciona y pule, repartiéndolo después por todo el orbe universo» (*San Antonio de Padua*, pp. 187-188). También en el *Persiles*, aunque de un modo mucho más sintético, Cervantes se refiere a las riquezas allí desem-

Es tan noble que ninguna hay hoy en España mejor que ella, y muy pocas tan buenas, como lo enseña el proverbio castellano: «Ciudad por ciudad, Lisboa en Portugal». Esto es así por su hermoso asiento que tiene sobre la ribera del río Tajo, y sitio acomodado para el trato de la mar como para la comarca, que es abundante de ganados y otras cosas muy provechosas. Está sentada en alto, tiene tres collados iguales. En ella se labran admirables navíos con que se navega a la India Oriental, sujeta a esta corona, y, para las cosas que desta India se traen, tiene una casa diputada donde se ven cosas muy estrañas y muy diferentes de las nuestras (XVI, pp. 98-99).

Entre los edificios más importantes de la capital del reino portugués, no puede dejar de citar Jiménez Patón los principales monumentos de la ciudad: el monasterio de los Jerónimos, la torre de Belén, el hospital de Todos los Santos y el fuerte de san Julián, al que Patón denomina, imitando la pronunciación portuguesa de la época, san Gián, y que fue ocupado durante el tiempo de la unión con la corona española, por tropas castellanas de confianza, según explica en nota Carlos Romero en su edición del *Persiles*²³. Será precisamente en esta fortaleza donde la descripción rompa con la 'ejemplaridad' que hemos visto que distinguía la ciudad de Lisboa, para pasar a referir ciertos detalles costumbristas de aquella capital que la relacionan con la picaresca de algunos de sus habitantes. En efecto, siguiendo el relato, estos se situaban en una parte de una de sus calles más importantes, la conocida como la Rua Nova, citada también en *El burlador de Sevilla* (I, vv. 801-808):

Viendo, notando y advirtiendo estas grandezas pasó algunos días Laminio; halló en los castillos de san Gián y fortaleza de Belén algunos soldados castellanos conocidos y amigos que le dieron a conocer, y especialmente gente de letras con quien él tenía su afición de comunicar; y entre otros le hicieron amigo de un catedrático de letras humanas, hombre de muy buen caudal, el cual no le comunicaba a Laminio como a hombre que sabía, sino aficionado a profesores de letras, hasta que una tarde que, puesto el sol, a la hora de las ave marías, iban los dos por aquella calle insine que llaman la Rua Nova (XVI, p. 99).

De la mano de este catedrático de letras humanas, conocerá Laminio esta parte poco ejemplar de Lisboa donde se comercia con el fruto del robo y del engaño, aprovechando la falta de luz de la noche:

En una parte, y como rincón desta calle, había un número de gente no de buena capa. Llegaron allá los dos y vieron que se vendían algunas cosas que dicen mal alzadas y, sin licencia de sus dueños, las tomaron los que les sirven y las dieron a otros a vender yendo a la parte. Pocas cosas se venden aquí preciosas porque, como se sabe que son hurtadas, no acuden mercaderes, sino otros medio ladrones y criados de poco caudal para suplir con poco dinero lo que al atavío de sus personas falta. Y también se venden algunas cosas no hurtadas con que hurtan el dinero que por ellas dan, porque son viejas aderezadas o nuevas muy falsas y, con lo oscuro de la noche, no se conoce lo que son y, con lo barato que cuestan, se

barcadas: «La ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente y, desde ella, se reparten por el universo» (III, I, pp. 432-433).

23. Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, p. 433 n.

ciegan los compradores no advirtiéndolo que esto es lo que dice: «Lo de balde, caro», juntándose en esta ocasión el codicioso y el tramposo. A este género de mercado a hurtadillas, lo más de cosas hurtadas, llaman baratillo (XVI, pp. 99-100).

No sabemos si el gramático había visitado la ciudad de Lisboa y, en consecuencia, si tales observaciones de su picaresca eran fruto de su experiencia personal o si se nutrían de fuentes librescas, como hemos visto a grandes rasgos en el caso de las descripciones de Alemán, Cervantes o de la loa de *El burlador de Sevilla* que sí hubiera podido conocer, dada su gran erudición, atento siempre a las novedades literarias de su tiempo pese a que, singularmente en el caso de Cervantes, se observe un deseo mutuo de ignorarse, según ha expuesto agudamente Abraham Madroñal recientemente²⁴.

Y, con esta visión de la Lisboa pícaro y 'no ejemplar', concluyen las primeras páginas del «Libro decimosexto» de los *Comentarios de erudición* rescatados, no sin antes transcribir el comentario del humanista que acompaña a Laminio en su visita a la ciudad, quien destaca que tal mercado únicamente lo ha visto en Lisboa y en Castilla:

—No he sabido —sostiene el humanista— que en otra parte se use esto más que en esta ciudad y en la corte de Castilla, ni he leído que los antiguos permitiesen tal, y fuera justo que se prohibiera, pues consta que todo es embuste y hurtos, aunque no cantiosos (XVI, p. 100).

Este comentario a favor de la prohibición de este baratillo, y previamente a la traducción y comentario del «Libro III» de Horacio al que se destina el «Libro decimosexto», da pie a Laminio para contradecir al humanista que no conocía, según confiesa, la existencia en la antigüedad de este tipo de mercados, regidos por el engaño como medio habitual de comerciar, y le manifiesta que sí existían, como recuerda en Horacio y en la plaza romana de Subura a «quien llama Horacio "plaza engañosa", y dice que solía, al anochecer, dar vuelta por ella paseándose por ver las ventas que allí se hacían» (XVI, p. 100).

Con tales explicaciones concluyen estas primeras páginas que hemos comentado, constituidas a modo de pórtico de esas casas donde habita la sabiduría que pretende alcanzar Laminio Sileno, del mismo modo que lo procuró durante su vida el humanista Bartolomé Jiménez Patón, al que representa.

Como hemos visto, la presencia de Portugal en la obra del gramático es dispersa y se rastrea tanto en la descripción de la ciudad de Lisboa, con las curiosidades que describe en ella, como en la presencia de algunos escritores portugueses en algunas de sus obras, sin olvidar que estos autores, aunque no son los que más hallamos en su producción, aparecen al compás de la escritura de sus libros, en testimonio del interés del maestro por aquel Portugal que sentía como parte integrante de España.

24. «3.4. Jiménez Patón contra Cervantes. El caso del *Quijote*», en Madroñal, 2009, pp. 105-118.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcos García, Emilio, «Una teoría acerca del origen del castellano», *Boletín de la Real Academia Española*, 21, 1934, pp. 209-228.
- Alemán, Mateo, *San Antonio de Padua*, ed. Henri Guerreiro y Marc Vitse, en Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer (dirs.), *La obra completa*, 2, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2014.
- Ares Montes, J., «Los poetas portugueses, cronistas de la Jornada de Felipe III a Portugal», *Filología Románica*, 7, 1990, pp. 11-36.
- Arredondo, María Soledad, «El Triunfo lusitano (1641) de Antonio Enríquez Gómez. Restauración portuguesa, éxito francés y versos españoles», en «Hilaré tu memoria entre las gentes». *Estudios de literatura áurea (en homenaje a Antonio Carreira)*, coord. Alain Bègue y Antonio Pérez Lasheras, II, Zaragoza, Servicio de Publicaciones, Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 21-40.
- Bahner, Werner, *La lingüística española del siglo de oro. Aportaciones a la conciencia lingüística en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Ciencia Nueva, 1966.
- Cervantes, Miguel de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Carlos Romero Muñoz, Madrid, Cátedra, 2004.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2006.
- Elliott, John Huxtable, *El conde-duque de Olivares. El político de una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 2004.
- Garau, Jaume, «El virtuoso discreto, un libro inédito de Bartolomé Jiménez Patón», *Críticón*, 59, 1993, pp. 67-82.
- Garau, Jaume, «Editar a Bartolomé Jiménez Patón (A propósito de una edición reciente)», *Críticón*, 111-112, 2011, pp. 273-285.
- Garau, Jaume, «La autoridad de los clásicos en la obra no filológica de Bartolomé Jiménez Patón», en Christoph Strosetzki (ed.), *La autoridad de la Antigüedad*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2014, pp. 99-127.
- Guazzo, Francesco Maria, *Compendium maleficarum*, ed. Montague Summers, trad. Isaac Pradel Leal, San Vicente (Alicante), Editorial Club Universitario, 2002.
- Jiménez Patón, Bartolomé, *Mercurius Trimegistus, sive de triplici eloquentia sacra, española, romana*, Baeza, Pedro de la Cuesta Gallo, 1621.
- Jiménez Patón, Bartolomé, *Elocuencia española en arte*, ed. Francisco J. Martín, Barcelona, Puvill, 1993.

- Jiménez Patón, Bartolomé, *Comentarios de erudición («Libro decimosexto»)*, ed. María del Carmen Bosch Juan, Jaume Garau Amengual, Abraham Madroñal Durán y Juan Miguel Monterrubio Prieto, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert/Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2010.
- Jiménez Patón, Bartolomé, *El virtuoso discreto, primera y segunda parte*, ed. Jaume Garau y María del Carmen Bosch, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2014.
- Lida, Raimundo, *Letras hispánicas. Estudios. Esquemas*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- López Madera, Gregorio, *Excelencias de la monarquía y reino de España*, Valladolid, Diego Fernández de Córdoba, 1597.
- López Madera, Gregorio, *Discurso de la certidumbre de las reliquias descubiertas en Granada desde el año 1588 hasta el de 1598*, Granada, Sebastián de Mena, 1601.
- López Poza, Sagrario, «La erudición como nodriza de la invención en Quevedo», *La Perinola*, 3, 1999, pp. 171-194.
- Madroñal, Abraham, «Aportaciones al estudio del maestro Jiménez Patón: dos obras inéditas y casi desconocidas», *Criticón*, 59, 1993, pp. 83-97.
- Madroñal, Abraham, *Humanismo y filología en el Siglo de Oro. En torno a la obra de Bartolomé Jiménez Patón*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2009.
- Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Madrid, Cátedra, 1990.
- Vasconcelos, Jorge Ferreira de, *Comedia de Eufrosina*, traducida de lengua portuguesa en castellana por el capitán don Fernando de Ballesteros y Saavedra, Madrid, Imprenta del Reino, 1631.
- Vitse, Marc, «La descripción de Lisboa en *El burlador de Sevilla*», *Criticón*, 2, 1978, pp. 20-41.

